

Foro dominical

LASCARIADAS

- "Me encuentro, una vez más, en el grave problema de encontrarme en desacuerdo. Y de tener ganas de decirlo".
- "Los jóvenes de hoy son mucho más simpáticos que la generación vieja, pero pueden serlo gracias a que los viejos lucharon por heredarles un mundo mejor que el que recibieron".
- De los ricos dijo una vez: "Me tienen sin cuidado, y ellos me pagan con la misma moneda; les tengo sin cuidado".
- "Una mujer llamada Eleuteria hay que imaginársela altiva, severa, idealista. Eleuterio significa libertad".
- "Busco por la fecha de mi nacimiento y me encuentro encasillado en Virgo. Esto me deja bastante extrañado. Yo pensaba que hacía treinta y nueve años que dejé de serlo".



Carta a Láscaris

Perdóneme amigo que le escriba como discípulo. Es más fácil tener amigos que maestro y como usted logró constituirse en tal, extraordinariamente, debo aprovechar la ocasión para reconocerlo así. Cuando lo vimos por primera vez, muchos de nosotros sentimos la marca naciente que quedaría inscrita. Otros, es cierto, vieron



ANTONIO
PACHECO

su cabellera rebelde que se fue haciendo una especie de corona de platino sobre el cuerpo desgarbado. Se fijaron sólo en la ropa, notaron que no tenía faja, subieron por el humo ininterrumpido de su cigarrillo y no entendieron que su presencia era muy superior a la apariencia. Le debemos ese gran regalo del mundo helénico, Platón, Parménides, Heráclito y tantos otros. Las puertas y ventanas que usted nos abrió, en algún sentido nos mostraron "las regiones escarpadas que conducen a la cima de la bóveda del cielo, por donde los carros de los dioses, bien equilibrados y dóciles a las riendas, marchan fácilmente", según se lee en el Fedro.

Alguna vez, usted afirmó que cuando llegara la hora, subiría el Monte Olimpo. Ya el alma suya se detuvo firme en el Hiperurano y desde ahí, estoy seguro, puede contemplar, aprovechando el movimiento circular de la bóveda celeste, lo que hay fuera del cielo. Por eso creo que nos escucha.

En nombre de los que vimos y oímos, muchas gracias, maestro. Sobre todo, por abrirnos el camino hacia la reflexión sobre el ser, por mostrarnos que sólo es digno de su condición, el hombre que se asume como libre y por habernos ayudado a descubrir que únicamente seríamos lo que decidiéramos ser, si poníamos en obra toda nuestra convicción, toda nuestra voluntad. Gracias por no habernos hecho discursos, sermones, admoniciones.

Usted nos mostró la generosidad viva, que desconoce el rencor, que se ocupa del destino de los otros, la sobreabundancia que se hace instituciones, ideas, libros, amistad. Sin proponérselo, nos dejó claro que la envidia no acompaña el cortejo de los dioses. Viéndolo, nos acostumbramos a que el más poderoso intelecto puede ocuparse de los más modestos seres humanos y oírlos con tanta atención y respeto como si fueran metafísicos.

En nuestro medio, usted contribuyó, más que ningún otro, a convertir la filosofía universitaria, en disciplina rigurosa. Gracias por los torrentes de erudición, por el espectáculo de su cultura y por habernos mostrado sin decirlo, que si faltaba lo esencial, aquello quedaría reducido a la nada.

Descartes entró en nuestras vidas a instancias suyas y ayudado por él, usted iba iluminando la historia de los pueblos, estableciendo ese eje de racionalidad que los divide en pre-cartesianos y post-cartesianos. Nos hizo entender así, que cada uno de nosotros podía situarse de un lado o del otro, de esa frontera.

Tenemos que disculparnos por algunas cosas -No hemos olvidado su indulgencia extrema para con los demás- por ejemplo, por no haber publicado sus obras inéditas. ¡Le hemos hecho eso a usted, que se empeñaba en publicar lo valioso de los otros, de los vivos y los muertos, de amigos y extraños!

En lo personal tengo que disculparme por solemnizar este momento y por solemnizarlo a usted. Sé que si estuviera aquí, haría un chiste sutil sobre sí mismo y nos distraería la atención pasando a otro asunto, a Costa Rica, por ejemplo, uno de sus temas predilectos.

Fue su mérito descubrir que la historia de nuestra patria se confunde con la historia del intelecto y nos demostró que era falsa aquella afirmación de que no podíamos pretender un desarrollo de ideas filosóficas, porque éramos menos que otros pueblos. Se escribió por entonces que su amor por nuestra cultura era superior al tema que escogió, al pensamiento de la patria. (Estoy seguro de que ya usted no recuerda ese episodio).

Mientras muchos desertaron, usted vino y se hizo parte nuestra para siempre. Gracias por haber creído en Costa Rica y por haberla querido más que algunos de sus hijos. Gracias maestro, por haber venido.

"Gracias por los torrentes de erudición"

"La brevedad, humor y prudente picardía lo hicieron un personaje nacional"

admirar una cierta dulzura de su carácter y la sobriedad de sus gestos. Guido Sáenz cuenta con mucha gracia, imitando el susurro del acento ibérico de Láscaris, la banderilla que le puso al escritor a quien le sirvió de escolta para que lo entrevistaran en Canal 7: "Ese copete me parece un poco excesivo".

Cuando Don Oscar Arias dice que el quiere sentar las bases para que Costa Rica llegue a ser el primer país desarrollado de América Latina siempre tengo presente a Láscaris. El creía que Costa Rica ya lo era y que en la década de los años 80 llegaría a ser superdesarrollado. Citaba informes del BID y cifras de ingreso por habitante, pero la verdad es que no hacían falta. Creo que en el fondo, más que la enunciación de un hecho, era un pronóstico del cual la parte de inmediato constatable consistía en que Costa Rica, en efecto, ha desarrollado una civilización sui generis. Curiosamente, un día de estos, un taxista del aeropuerto Santamaría me lo dijo en forma distinta: "Este país se está perdiendo de vista". El taxista, don Francisco Herrera, estaba asombrado porque una pareja de turistas había tenido que hospedarse en un motel de San Francisco de Dos Ríos a falta de otro alojamiento.

Nadie puede negar que ese, el del desarrollo del país, fue un caso ganado. No sé si el único, como Láscaris pretendía, pero sin duda con premisas tan sólidas como decir que en Costa Rica nos caracterizamos por hacer las cosas "al revés" de los demás países latinoamericanos y porque aquí enfrentamos los problemas, no los ocultamos.

Diez años después de su muerte, Láscaris está presente entre nosotros en la solidez de la formación filosófica de muchos de sus alumnos y en el ejercicio docente de la prensa. Utilizó el artículo de periódico, el ensayo breve y el comentario en televisión para enfrentarnos a nuestras propias convenciones y nuestros propios fantasmas. Tuvo dos cátedras, la universitaria y la de la prensa, en un afán perenne y constructivamente desacralizador.

Sé que nunca voy a ser directivo del Colegio de Periodistas, pero si me toca yo pediría que se abra un salón de la fama o galería, como la tienen los deportistas y los músicos, para los que nunca ejercieron el periodismo reportero pero cuyo papel como formadores, no como informadores, trascendió los límites de lo pensado y vivido como transitorio por la prensa diaria.

En ese salón deberían estar, en primer lugar, Láscaris y Benavides. La Costa Rica que ellos desentrañaron, interpretaron y pusieron en alto relieve se enriqueció en ese acto de introspección. Y la dignidad de la prensa se elevó varios peldaños arriba de donde estaba antes de que decidieran trabajar con ella.

Láscaris presente

La página 15 de la Nación se inauguró en 1968 y Constantino Láscaris fue su primer tributario. Durante once años, hasta su muerte en 1979, debe haber escrito medio millar de artículos. Los mejores están en un libro publicado por la UACA, *Cien casos perdidos*, que las hijas de Láscaris tuvieron la ocurrencia de que lo prologara.



GUIDO
FERNANDEZ

Alguna vez dijo, para defenderse del cargo de que estaba amarrado a este periódico, que escribía aquí porque yo lo había invitado a hacerlo, porque de vez en cuando le gustaba verse en letras de molde y porque le pagaba lo suficiente para los Ticos del mes. No creo que esto último fuera cierto. La idea de pagar las colaboraciones de la página 15 fue mía, pero solo para poder cribar nombres y textos y evitar tanto espontáneo que se lanza al ruedo y exige, molesto, la devolución de los originales si no le publican. Además, Láscaris era un fumador de dos o tres paquetes diarios y no creo que le alcanzaran para tanto los cincuenta colones que se pagaban entonces.

Sea como fuera, la brevedad, humor, distancia y prudente picardía de aquellas viñetas hicieron del profesor universitario y escritor de filosofía un personaje nacional.

De La Nación pasó a Telenoticias de Canal 7. Es más difícil recobrar la imagen y la voz de aquellos condimentados programas de cinco minutos con los que Láscaris se daba, y nos daba, gusto. Eran improvisados, de estilo directo, sin ornamentos y perfectamente inesperados en cuanto a enfoque y contenido. Al igual que Abel Pacheco hoy en día, se negaba a escribirlos y mucho menos a decirles a los directores del Canal sobre qué iba a hablar. Disfrutaba de tanta libertad o tolerancia como en La Nación, aunque no estoy seguro de que a Canal 7 le hubiera pasado lo que a mí: soportar el chaparrón cuando en una ocasión le ocurrió defender a los marihuanos y en otra atacar, ya no recuerdo por qué, al Seminario Mayor.

El desafío a la sabiduría convencional era el principal encanto de todo cuanto escribía en La Nación o decía en Canal 7.

El otro atractivo era no tomarse demasiado en serio y expresarse de tal modo que la persona o institución aludida pudiera sentir escozor pero no veneno.

Yo no puedo decir que tenía con él una relación de amistad y cariño como con Enrique Benavides, pero aprendí a respetar y